



Círculo Rojo

Historia de un cuento

Historia de un cuento

Juan María Casado Domingo

Primera edición: octubre 2021

Depósito legal: AL 2687-2021

ISBN: 978-84-1111-637-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Juan María Casado Domingo

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

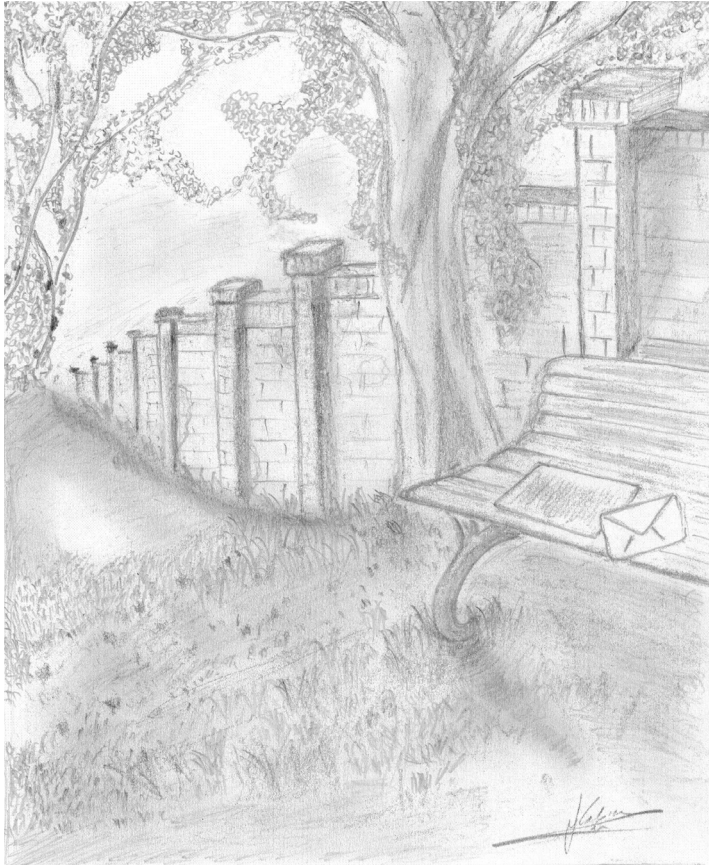
info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

Al amor, y a la vida y la muerte.



Nuestro presente no es más que una casualidad.

INTRODUCCIÓN

Esta obra consta de tres partes y en cada una de ellas existe una premeditada ambigüedad temporal. También en la vida es difícil desasirnos del pasado y de nuestras esperanzas ante un futuro incierto. El presente solo es un momento concreto, un instante, el punto donde se encuentran lo que nos ha sucedido y lo que nos va a suceder. En realidad, nuestro presente no es más que una casualidad.

En la primera parte, «El cuento», el viejo Miguel recuerda su primera historia de amor con una niña llamada Sandra, cuando ambos contaban diez años de edad. Está escrita tal cual, como un pequeño cuento; guardando un formato de obra independiente.

En la segunda parte, «El parque», se describe el encuentro casual entre Sandra y Miguel. Los dos tienen cuarenta años. No se habían vuelto a ver hasta entonces y no se volverán a ver jamás.

La tercera parte, «La carta», relata la emotiva visita de la hija de Sandra a Miguel —ahora ya un anciano de ochenta años— para hacerle llegar una carta de su madre.

El autor

PRIMERA PARTE

EL CUENTO

AMARÍA

Miguel Alonso García

Quiero agradecer a todos aquellos que han logrado descubrir la ternura que nos acontece a pesar del roce de las impurezas cotidianas.

Y especialmente a Sandra, a la mujer que ahora será y a la niña que sigue siendo en mi memoria.

CAPÍTULO I

*H*an transcurrido setenta años y lo recuerdo con absoluta nitidez: es el mejor regalo de mi memoria roñosa y mortecina. Yo tenía diez años y era la primera vez que me enamoraba. Ella tenía la piel fresca, iluminada, y el pelo largo y negro con graciosos mechones que le caían sobre los ojos. Con frecuencia liberaba su frente de aquel inquisidor flequillo; de manera lenta y delicada unas veces; otras, de forma categórica. Pero independientemente de cómo lo hiciera, resultaba cómica su desesperación cuando segundos después aquellos rizos desmayados volvían a adoptar su habitual actitud impertinente. Inteligente y alegre, Sandra provocaba en mí una sensación de ternura inexplicable. Yo, que a los diez años era absolutamente sensible, me sentí atrapado desde el primer momento que me miró.

Empezaba el nuevo curso en un colegio nuevo; vivía en una casa nueva; en un nuevo barrio de la ciudad; todo era nuevo, incluso yo mismo. Indiscreto y rebelde hasta entonces, me había convertido en un tímido que rayaba la estupidez.

—¡A ver, el nuevo! —me espetó el profesor un día en clase instándome a salir de mi refugio. Un mapa de España colgaba

de un pequeño trípode—. ¿Sería tan amable de señalar aquí las fronteras de nuestra nación?

Lo dijo como si me estuviera haciendo un favor, mostrándome una gran sonrisa a través de la cual podía observar, entre sus encías, los restos de comida de toda una eternidad. ¡Menudo compromiso! No tuve problemas con los Pirineos, pero cuando mi dedo llegó a Galicia y comenzó a bajar... a la altura del Duero, yo era un manojo de nervios completamente desorientado y, sin saber por qué, mi mano se dirigió hacia el Atlántico expropiando sin contemplaciones todo el sur a Portugal. La risa fue estrepitosa en toda el aula. Me sentí tan ridículo en ese momento, que me hubiera gustado desaparecer, convertirme en una mota de polvo que pudiera flotar hasta la ventana y volar. Pero la humillación había paralizado de tal manera mis piernas que las sentí ancladas al suelo por una extraña fuerza que las impedía moverse. Traté de reprimir el impulso de llorar e imploré desorientado una ayuda que no llegaba. Por fin, el profesor, viéndome tan abochornado, con mi brazo señalando en el mapa puntos sin sentido, decidió no alargar mi agonía y permitió que volviera a mi pupitre.

Se lo agradecí en silencio, recorriendo el camino hasta mi asiento cabizbajo, entre las risas de todos mis compañeros. Durante el pequeño trayecto, tropecé violentamente contra una baldosa desconchada del pavimento y alcé la vista un instante: entre todas las muestras de burla —cruelles constataciones de mi ignorancia—, pude distinguir el rostro de una niña con flequillo que me ofrecía su mirada cómplice. Sandra poseía una belleza mágica y unos ojos que no se me olvidarían jamás.

Durante el mes de septiembre tuve tiempo para despejar mi lucidez y no cometer más imprudencias intelectuales. Fue al principio de la tercera semana cuando, entre Sandra y yo, nació un juego maravilloso, simple e infantil: comenzamos a mirarnos. A

menudo, sentado en mi pupitre situado tres más atrás que el suyo, me quedaba boquiabierto observándola. Tenía el pelo de la cabeza recogido a los lados por dos trenzas semicirculares y, en el centro, se deslizaba una raya perfecta que llegaba hasta su cuello. Aquel cuello desnudo, poblado tan solo por una sutil cortina de vello rubio, descubierto por encima del otro cuello blanco de la camisa, despertaba en mí sensaciones maravillosas e incomprensibles.

Yo no oía, ni veía más allá de Sandra; y cuando ella se giraba sin razón aparente y clavaba sus ojos en los míos durante un instante, y volvía a girarse, sin más, a mí se me paralizaba todo y me hacía sentir como el más inútil de los mortales. Durante esos intervalos de sorpresa, yo no sabía qué hacer, ni qué pensar; así que bajaba la cara avergonzado y dejaba que mi rubor se disipara a través de mis orejas hasta minutos después ya más tranquilo.

Aprendimos a mirarnos mucho, despacio, intensamente. Ensayamos miles de caricias mudas, reteniéndolas como valiosas sensaciones; pasiones provocadas por nuestra propia turbación, que después ella misma nos arrebatava. Éramos incapaces de disimular nuestra vergüenza. No había palabras, ni besos, ni promesas; solo una mirada, una emoción inexplicable y diez años de inocencia para entenderla. Desde luego, nosotros no sabíamos que aquel juego era de amor, ni lo entendíamos tal y como lo recuerdo; por eso lo vivíamos sorprendidos, con calladas muestras de satisfacción. Hoy puede parecer una experiencia absurda, pero a esa edad ni se tiene experiencia, ni nada te parece absurdo; así que mantuvimos aquel juego del «mientras te miro me enamoro» durante tres meses, sin saber —pobres de nosotros— jugar a nada más.

La primera semana de diciembre ocurrió algo extraordinario: el profesor, harto de las disputas entre algunos alumnos y con la condición de que cesaran todas nuestras discusiones, propuso elegir de nuevo el pupitre donde sentarnos y la persona con quien

compartirlo durante el resto del curso. ¡No podía creerlo! Me entusiasmó la expectativa de poder sentarme junto a Sandra, pero ignoraba si ella sentiría lo mismo, si a ella le apetecería también. Aún no tenía la capacidad suficiente para expresar sentimientos con claridad, ni para calibrarlos en su justa medida. ¡Quién la tiene a esa edad..., a cualquier edad!

Por fin, llegó el lunes. Eran las nueve menos cuarto y en la entrada del colegio se agolpaba un número indeterminado de niños que, con su habitual algarabía, iban y venían como abejas que volaran alrededor de su enjambre. Yo andaba callado y nervioso, algo alejado de aquel bullicio, sin ver a Sandra por ninguna parte. Ella solía ser puntual y su ausencia comenzó a preocuparme. De vez en cuando se acercaba algún compañero:

—¿Ya sabes con quién te vas a sentar?

Yo levantaba los hombros, escéptico, y apretaba los labios para no delatar mi excitación. Parece que la mayoría tenía claras sus preferencias; todos menos Pablo, al que las chicas adoraban y a quien yo en cierta forma envidiaba. Pablo vino a situarse a mi lado, un poco triste y malhumorado.

—¿Sabes? —me dijo—, no pienso sentarme con Elena; sé que acabaremos peleando de nuevo, ¿no crees?

Elena era una niña básicamente sensual, atractiva como la piel de un melocotón y con una risa sonora que te invitaba a ser partícipe de su constante alegría. Pablo y ella discutían a menudo y fue una de sus riñas la que motivó que el profesor permitiese la «bendita» redistribución. En cierto modo, debía estarles agradecido.

—Estoy harto... me parece que se lo voy a proponer a Sandra —me lanzó a bocajarro.

—¿S... Sa... Sandra? —balbuceé—. ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Ya te lo he dicho, estoy harto de Elena.

—Sí, ya sé; pero, ¿por qué Sandra?

—¡A ti qué más te da! —dijo—, alejándose y dejándome un pesar en la garganta que resultaba difícil de tragar.

¡Qué sensación de mediocridad! Pegué mi espalda contra la pared, fuerte, muy fuerte; con la intención de que aquel muro se impregnara de esa mediocridad de la que quería deshacerme... pero solo conseguí más dolor.

A las nueve en punto se abrieron las puertas del colegio. Yo estaba aturdido y seguía sin ver a Sandra. Al entrar en el aula la realidad se transformó. Los numerosos haces de luz que desde las ventanas se dispersaban por todas partes, le daban un aspecto primaveral y algo fantasmagórico. El movimiento de todos mis compañeros se ralentizó de forma inexplicable. Cesaron los gritos, y el murmullo se convirtió en un extraño silencio en el que la mueca esbozada por los labios de todos ellos resultaba ahora ridícula sin las palabras. Avancé por el pasillo de la izquierda, desorientado. A cada paso, me giraba tratando de intuir a Sandra entre la confusión. ¿Dónde se había metido? La mayor parte de los niños, ya sentados, delataba su elección por la expresión complacida de su rostro; sin embargo, para mí, la puerta y mi paciencia eran cada vez más pequeñas. Ahora, solo entraban ya los rezagados, muy pocos. Sin saber qué hacer, opté por sentarme en un pupitre vacío de la tercera fila, tratando de contener mi desesperación ya casi desbordada.

Entonces, la vi. ¡Estaba resplandeciente! Por dónde entró y cómo, no lo sabré jamás; pero allí estaba, al fondo de la clase, dudando sobre qué camino tomar. Por fin, comenzó a avanzar por el pasillo de la izquierda, sin mirarme, sin darse cuenta de que yo estaba allí, esperándola. Mientras se acercaba, no recuerdo cuántas veces la miré y

disimulé mirar, cuántas vi su rostro y una muesca en el Railite verde de la mesa del pupitre. Llegó a mi lado y el mundo se quedó quieto. Sandra se detuvo durante unos segundos... pero continuó, pasó de largo. Permanecí mudo; mudo de asombro porque no me había mirado; mudo de angustia porque se alejaba sin decirme nada; mudo porque me faltaba el aire para respirar.

Mi conciencia se desmoronó: pensé en Pablo, en mi mediocridad, en toda la ingenuidad desperdiciada, en el rechazo, en la... Dos pasos más allá, Sandra giró en redondo y retrocedió.

—¿Puedo sentarme aquí? —me dijo.

La tenía delante de mí, ¡no podía creerlo! ¡Era tan dulce su sonrisa...! ¡Era... tan bonita!

—¿Que si puedo sentarme contigo? —repitió ampliando su sonrisa.

!Qué bien suena «con-ti-go»! Traté de levantarme pero las piernas me temblaban y mientras lo hacía, logré balbucear algunas palabras casi sin sentido. Cuánto me hubiera gustado abrazarla, besar sus labios... pero solo me atreví a rozar su mano; ¡yo, el tímido, el mediocre! Sentí un escalofrío nuevo, acogedor, maravilloso. Nos miramos a los ojos sin parpadear y olvidamos para siempre la vergüenza en un rincón de nuestras conciencias. Sandra miró mi mano, la tomó entre las suyas y me sonrió. ¡No he disfrutado nunca de mayor felicidad!

Perdida la noción del tiempo, poco a poco empecé a recuperar la del espacio, la del sonido, la del mundo que reconocía de nuevo a mi alrededor. ¡Qué animación! Todos hablaban, dichosos, incluso... ¡sííí!, cinco filas más abajo descubrí a Pablo que parecía contento con su nueva compañera. No podía verla, pero justo cuando me estaba preguntando quién sería, logré reconocerla y exclamé en voz alta: ¡Oh, nooo!, ¡no puede ser! ¡Hombre, Pablo!, ¡otra vez!